

LA URBE DE QUITO, ESCENARIO DE “EL CRIMEN DE EL EJIDO”

Wilson Miño Grijalva
Universidad Central del Ecuador

Esta exposición describe el proceso de modernización que registró Quito durante la primera década del siglo XX, en tensión y conflicto con la fuerte tradición religiosa de origen colonial que experimenta la ciudad. Fue en ese complejo contexto histórico que se produjo en Quito el “arrastre” de Eloy Alfaro Delgado y otros líderes liberales el 28 de enero de 1912, en un período en que Alfaro simbolizaba lo más odiado para la tradición quiteña, debido a un largo enfrentamiento político.

Si se destaca la globalidad de los cambios durante la época se puede constatar su gran magnitud e intensidad, tanto por el cambio en el campo de las ideas y de la política que abarcaba la Revolución liberal como por la modernización que determinó el proceso de apertura económica y social que tomaba fuerza desde fines del siglo XIX. Bajo la incidencia de estos factores, la urbe quiteña fue una sociedad en tensión extrema durante esos años. Una secular y fuerte tradición era desafiada por la modernización que se abría paso y se integraba progresivamente al mundo externo.

El proceso urbano de modernización de Quito era tardío si se lo compara con el de las ciudades-puerto o de las capitales latinoamericanas de esa época, insertas en la pujante división internacional de trabajo del mundo capitalista del último cuarto del siglo XX. Hasta ese período, el aislacionismo había prevalecido en la urbe andina, con un indiscutible predominio en las ideas de la Iglesia católica. Para ciertos autores, durante el tercer cuarto del siglo XIX un ambiente místico-cristiano embargó a la ciudad y se expresó políticamente en el garcianismo.

El inicio del avance modernizador estuvo vinculado con el auge cacaotero que posibilitó la construcción de la vía Babahoyo-Guaranda-Quito, que empezó a ser carrozable y conectaba a una ruta pluvial que ya utilizaba vapores. Esos cambios acortaban los tiempos de transporte e integraban a las regiones

de Quito y Guayaquil, en el marco de una creciente modernización. El período corresponde a los gobiernos católico-liberales del progresismo, sobre todo el de Antonio Flores Jijón. De ahí la denominación de la vía Flores, quien fue uno de los presidentes que más impulsó la construcción de carreteras. Aunque el proceso fue lento, hubo una sostenida integración de la abigarrada ciudad de origen colonial con el mundo exterior. El auge cacaotero fue uno de los factores que posibilitó el proceso de integración Costa-Sierra.

La construcción del ferrocarril, iniciado en 1897, aceleró el proceso modernizador y la integración nacional. Quito, hacia 1895, adoptó el uso de la energía eléctrica y, en el primer quinquenio del siglo XX, inició la construcción de la ciudad moderna, mediante la ejecución del proyecto de agua potable y canalización, que fue acompañado de grandes obras, inusuales para la época, como el relleno de quebradas, por ejemplo la de Jerusalén (actual avenida 24 de Mayo).

Estas obras constituían el gran cambio civilizatorio y modernizador que representaba la transformación de la ciudad tradicional en la moderna, atacando la situación de insalubridad, “el primitivismo” urbano y la adopción de los nuevos servicios públicos, como el alumbrado público, el agua potable y el teléfono. Los cambios en las prácticas sanitarias de la población quiteña fueron radicales, impulsados enérgicamente desde el Estado-nacional.

La modernización urbana representaba el cambio civilizatorio para la municipalidad de Quito, sobre todo desde la visión del presidente modernizador del Concejo Cantonal de Quito, Francisco Andrade Marín. El gran proyecto de agua potable y canalización, la obra más grande de la época consumió prácticamente una década de trabajo con una empresa alemana, conocida como una de las mejores del mundo en su ramo. Dicha obra no dejó de tener sus sobresaltos políticos, que incluyó la destitución del propio Concejo Cantonal de Quito, luego del golpe de Estado alfarista de 1906; a partir de entonces, una Junta de Agua Potable y canalización de perfil privado se hizo cargo de la obra municipal.

La expansión urbana de Quito se intensificó desde 1904, aunque no dejó de ser moderada hasta 1922. Desde entonces, en plena crisis cacaotera, el crecimiento fue acelerado y longitudinal, destacándose un crecimiento segregado entre la ciudad popular de las “colinas” y la residencial de las “planicies”. La diversificación económica y la dinamización agrícola acompañaron el proceso de crecimiento urbano.

No solo que el crecimiento urbano se realizó sobre terrenos baldíos, sino que se relacionó con la fuerte renovación de la arquitectura del propio centro de la ciudad que incluyó a las iglesias de corte colonial y a las grandes edificaciones. La densificación urbana constituyó un fenómeno previo a la ruptura de la frontera histórica urbana de Quito.

El servicio de transporte por ferrocarril entre Guayaquil y Quito representó un significativo cambio de escala en el transporte de maquinaria, materia prima y mercaderías, un cambio hacia una mayor producción industrial y el comercio de manufacturas. La importancia de materiales como el hierro, el cemento, el vidrio, los automóviles y combustibles ilustran las características del cambio en las edificaciones modernas de la ciudad.

La construcción de la ciudad moderna representó un profundo cambio, en el que los extranjeros dejaron su huella en el comercio importador, en las órdenes religiosas educativas y formaron parte del grupo de profesionales de ingeniería y arquitectura. La circulación de los vehículos de gasolina y el tranvía transformaron la traza urbana de Quito. La llegada de un gran número de extranjeros, que conforman el denominado turismo, y la afluencia de libros alteraron y modificaron a las creencias tradicionales y religiosas de los quiteños. Lo que también dio lugar a la emergencia de procesos de resistencia de las instituciones religiosas en el mundo de las creencias, donde tenían influencia y dominio en el campo de las ideas, como fue el caso de la Iglesia ecuatoriana. No existe un período similar en la historia de la ciudad; se concentraron las tensiones y conflictos de una época de transformación que conmocionaron de forma tan violenta a la ciudad.

Como algunos autores lo han destacado, el proceso político liberal tuvo un impacto violento en la sociedad ecuatoriana y, en particular, en la quiteña.

Pero la violencia de las reformas liberales y la sostenida resistencia del clero provocaron un enfrentamiento de enormes proporciones y largo aliento que dividió al país por décadas y agudizó aún más las contradicciones de su desarrollo nacional. El sentimiento religioso y la profunda lealtad al catolicismo fueron y son, sin duda, elementos vitales de la identidad nacional ecuatoriana que, lejos de desaparecer, se mantuvieron arraigados en los más amplios sectores del pueblo que no vio, ciertamente, en el conflicto una lucha contra el clero politizado y reaccionario sino una agresión, a veces feroz, contra sus más profundos sentimientos.¹

La reforma de secularización del Estado y la educación impactaron en una sociedad influida por el predominio de la Iglesia desde la época colonial. La población también acusaba los efectos de una larga guerra civil centrada en el enfrentamiento entre las ideas liberales y conservadoras, aunque importantes aspectos económicos y sociales no dejaban de incidir en el dramático conflicto revolucionario de fin de siglo. Fue un cambio violento que estremeció a la sociedad de la época. El número de muertos de la guerra interna fue muy significativo, si se compara con la guerra de la independencia.

1. Enrique Ayala Mora, edit., *El crimen de El Ejido 28 de enero de 1912*, Quito, Corporación Editora Nacional/El Comercio/Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, 2011, p. 32.

La enorme magnitud de los cambios modernizantes y liberales condujeron a una fuerte reacción social y política proveniente del sector tradicional de la urbe quiteña, constituida en el período colonial como centro religioso de evangelización regional. En el contexto, la imagen del alfarismo permitía el aglutinamiento de una fuerte oposición conformada por la élite clerical-conservadora y terrateniente para enfrentar las drásticas reformas liberales que provenían de la secularización del Estado y de la expropiación de los extensos latifundios de las órdenes religiosas. Esto no sucedió con la estrategia placista que dividía a dicha alineación opositora con el fin de neutralizarla. La oposición contra Alfaro se tornó poderosa y virulenta por la capacidad de arrastre de los elementos del pueblo, como los artesanos, que la Iglesia había construido durante siglos de dominio colonial y que se fortaleció con el desgaste político provocado por las reformas de modernización liberal, acompañadas por las actitudes autoritarias durante un largo ejercicio del poder, cuando el fraude electoral desmentía la esencialidad de las reformas liberales.

En la coyuntura política de 1911, Alfaro había perdido la credibilidad de sus primeros años de gobernante.² Luego de la cruenta guerra civil de enero de 1912, según la acusación fiscal, la conspiración para su eliminación física y la de sus lugartenientes abarcó en forma extensa al poder político de la fecha (gobierno de Carlos Freile Zaldumbide y miembros de su gabinete de corte placista), a los adversarios políticos conservadores (incluyendo a la prensa y miembros del clero), elementos del ejército y a un grupo significativo de hombres y mujeres del pueblo.³ Posteriormente, luego de un largo proceso judicial, el chivo expiatorio de los sangrientos sucesos fue un pequeño puñado de gente, pues fueron acusados los cocheros y las prostitutas que participaron en el linchamiento. En esa coyuntura política, lo excepcional era que no se produjera el arrastre, que se consumió al medio día del 28 de enero de 1912, como lo afirma el alegato jurídico de Pío Jaramillo Alvarado.

Finalmente, los gritos de la abigarrada turba que arrastró a Alfaro y sus seguidores ilustran la amplitud de la reacción social de la ciudad tradicional y que se expresaron en los gritos que se profirieron en esos momentos en las calles de Quito: ¡Viva la religión, Muerte a los masones, Muerte a los extranjeros!⁴



2. *Ídem*, p. 100.

3. Pío Jaramillo Alvarado, "Acusación fiscal del doctor Pío Jaramillo Alvarado", en Enrique Ayala, edit., *El crimen de El Ejido*, pp. 136, 137.

4. *Ídem*, p. 94.